

# LA VIGENCIA DE PRIETO

## Santos Juliá

### análisis y debate



# 3

La evocación de dirigentes políticos ya desaparecidos corre siempre el riesgo de servir a intereses o estrategias políticas inmediatas, riesgo tanto mayor si la evocación se realiza expresamente bajo el prisma de su eventual vigencia. No es inusual que los políticos en ejercicio evoquen determinados aspectos de algún dirigente histórico del partido en que militen con objeto de fundamentar o legitimar aspectos de un discurso o una propuesta política, afectando de cierta atemporalidad e incluso de alguna trascendencia a las posiciones defendidas en una circunstancia determinada por el personaje evocado.

No constituyó, pues, ninguna sorpresa que en los primeros momentos de la reaparición del Partido Socialista como fuerza política significativa se evocaran las posiciones defendidas por sus principales dirigentes en los años treinta, cuando el PSOE llegó por vez primera al gobierno de la nación. Mientras el PSOE atravesó un inevitable período de indeterminación ideológica, sus distintas corrientes de pensamiento urgaron en un pasado mal conocido y peor tratado con objeto de encontrar en él algunas referencias que

legitimaran discursos políticos en formación y, de rechazo, las propuestas políticas que de ellos dimanaban.

Esta forma de evocación, habitual en cualquier organización con historia, no puede hacerse en general más que a costa de un juicio selectivo del personaje en cuestión. Se destacan aquellos aspectos de su figura que puedan servir a la construcción del discurso presente mientras se tiende un manto de piadoso silencio sobre todo aquello imposible de recuperar. Así ha ocurrido con Largo Caballero, así ocurre estos días con Araquistain y así pasa con Prieto, de quien se ha destacado su pragmatismo, su eficaz gestión como ministro de obras públicas, su talante irreductiblemente democrático, es decir, todas cosas pertinentes a la actual práctica política. Sin embargo, Prieto fue también un político con grandes limitaciones y no inocentes extravíos, que se silencian o se susurran como algo accidental, escasamente característicos o cuya evocación resulta impertinente cuando no simplemente grosera.

Mientras la evocación política tiene por objeto específico la construcción de un discurso que incida sobre la situación actual y, por tanto, exige un activo papel de la mediación subjetiva del propio evocador, el análisis histórico debe tender a la objetividad entendida como comprensión de todo el personaje en una circunstancia dada. A partir de esa comprensión, o más bien de la interpretación que se ofrece de lo comprendido, podrá elaborarse luego un juicio sobre la pertinencia de lo evocado para el momento actual. En todo caso, y sin pretender renunciar a la, por otra parte, inevitable subjetividad en la comprensión e interpretación del pasado y en el juicio sobre su relevancia para el presente, el análisis histórico tendría que conducirse por aquella tensión hacia la objetividad que caracteriza a cualquier pensamiento con aspiraciones científicas.

\* \* \*

Dicho esto, es evidente que la vigencia de Prieto puede considerarse desde dos puntos de vista complementarios. El primero es el que se refiere a la pertinencia de su política para la circunstancia histórica que le tocó vivir. Pues si, en efecto, la política de Prieto —tanto en lo que se refiere a sus motivaciones profundas, como a sus contenidos programáticos, a las estrategias que puso en marcha o a los recursos que movilizó— era pertinente en su día, es posible que pueda existir en ella algún vigor o fuerza que trascienda su circunstancia específica, que tenga, por así decir, un valor universal o al menos un valor para ahora. El segundo es el propio juicio sobre la oportunidad de algo que podría calificarse como prietismo para la actual situación política. Tal juicio, que es en sí mismo distinto de la interpretación histórica que se ofrezca porque requiere para su formación algo más, y diferente, que el conocimiento del pasado, sólo podrá estar fundamentado históricamente tras el conocimiento y la interpretación del personaje total y no de unos aspectos que se destacan para legitimar prácticas del presente.

Vengamos, pues, a la primera cuestión. Cabe preguntar, ante todo, si hay una política de Prieto y, caso de haberla, si era pertinente para su momento histórico. La respuesta es, en mi opinión, afirmativa. Dentro del movimiento socialista español de antes de la guerra civil —compuesto por un complejo de partido y sindicato muy imbricados en sus cuadros dirigentes altos y medios— Prieto tuvo, desde muy pronto, una política específica que defendió, con sólo la excepción de la primera mitad de 1934, a lo largo de toda su vida activa. En otro lugar la he caracterizado como reformismo político para distinguirla no de una supuesta corriente revolucionaria del socialismo sino de la tendencia corporativo-obrerista que caracterizó, también con más continuidad de la que se supone, a los dirigentes sindicales.

Los motivos, contenidos y estrategia del reformismo político de Prieto sólo se entienden si se sitúan en el sistema social y político de la Restauración. En aquel sistema, bien conceptualizado como oligárquico y caciquil, Prieto se sintió siempre motivado por la implantación de un sistema político democrático y liberal y por la aplicación de las energías disponibles a la mejora de las condiciones materiales de la existencia obrera y campesina. Esa impulsión interior es lo que le lleva al socialismo y lo que le constituye en un socialista sentimental —o por sentimiento— más que teórico —o por conocimiento—, como él mismo gustaba de recordar. Y si tal fue su motivación y tal su programa, una convicción profunda, también muy temprana y que repite como un axioma, le indica que los socialistas solos no bastan para hacerlo realidad y que era preciso, para crecer, llegar a una alianza con las clases medias republicanas, guiadas por su mismo ideal. Así, frente a la tendencia que encarnó en los dirigentes de la UGT, muy corporativistas y muy proclives a un aislamiento obrero rodeado de cierta retórica intermitentemente revolucionaria pero prácticamente cautelosa, Prieto propuso al movimiento socialista que se comprometiera con los republicanos y que luchara, primero, por una reforma del sistema y, luego, por su evicción revolucionaria.

Esa estrategia prietista de acercamiento a las clases medias liberales o republicanas partía de cierto pesimismo radical provocado en Prieto por lo que llamaba abulia y apatía de los españoles. En su acercamiento a las clases medias habrá de buscarse, pues, además del claro saber regeneracionista que impregna a los contenidos de su política y de su discurso, una tendencia o proclividad a la cesión de la dirección política a los republicanos. Tanto por los contenidos de su política —no específicamente socialistas— como por la estrategia montada para llevarla a la práctica, Prieto consideraba que una de las funciones del socialismo era reforzar a los partidos republicanos para hacer que ocuparan con decoro el primer lugar de la escena.

El conjunto de los elementos que definen el prietismo constituye, pues, un todo coherente o limitado por los propios presupuestos de los que parte. En realidad, el programa de Prieto antes de la proclamación de la República no es otro que el de recuperar la dignidad y la libertad que una Monarquía, para la que tiene frases muy duras, había hipotecado a manos militares. Una vez la República establecida, la preocupación fundamental de Prieto consistió en mantener la coalición con las fuerzas republicanas para llevar a cabo las obras necesarias que permitieran transformar el campo por medio de regadíos y las ciudades por una mayor actividad industrial. Los regeneracionistas estaban abrumados por el atraso y la miseria secular de España y el sueño en voz alta que Prieto recitó de palabra, y por escrito, consistía en una España regada en la que los productos del campo llegaran, por medio de una buena red de comunicaciones, a unas ciudades libres e industriales.

El problema de Prieto como dirigente político no radica en la dirección general de su acción —establecer con las clases medias un sistema democrático que, desde la Dictadura, no podía ser otro que una República— ni en la meta de gobierno que se propone —emprender obras de infraestructura que cambien las condiciones de existencia del campo y de las ciudades— sino en los potenciales riesgos implícitos en la cesión de iniciativa a los republicanos y en la forma de llevar al movimiento socialista a la alianza con ellos. Por su historia personal, Prieto estaba acostumbrado a que su criterio terminase por prevalecer sobre el de los dirigentes sindicales de su propio partido a pesar de las resistencias que en un primer momento encontraba en ellos. Le pasó ya durante los años diez, en Bilbao, cuando hubo de enfrentarse y marginar a Facundo Perezagua, adversario de su política de alianza con los republicanos. Le volverá a pasar en Madrid, con Largo Caballero, cuando pretende que éste corte toda relación del socialismo con la Dictadura. Precisamente, hasta que la República se instaure, Prieto consigue que prevalezca su criterio y que los dirigentes sindicales se hagan a un lado —caso de Perezagua— o finalmente que

apoyen su política —caso de Largo Caballero. En ambas ocasiones los resultados finales de su política fueron espectaculares: garantizar una sustancial presencia socialista en las coaliciones que triunfan electoralmente en Bilbao y en el gobierno que accede al poder en 1931.

Dotado de una visión más penetrante de los asuntos políticos, Prieto se acostumbró pues a que los dirigentes sindicales del movimiento socialista —que eran también parte de su dirección política— siguieran sus propuestas. Esta forma de dirigir el movimiento socialista podía funcionar, y funcionó de hecho, mientras los dirigentes sindicales le siguieran o, aún sin seguirle, careciesen de fuerza suficiente para oponerse de forma eficaz a su política. El problema, sin embargo, podía surgir en el caso de que la corriente sindical o corporativa se le enfrentara con fuerza suficiente para bloquear su política, bajo la acusación de que cedía demasiado terreno a los republicanos y desvirtuaba así los principios del socialismo. Este riesgo, inherente a la propia estrategia de Prieto, tenía su asiento en la doble estructura organizativa del movimiento socialista y se acrecentaba, como es obvio, en la misma medida en que Prieto no dispusiera de un control efectivo del aparato del partido.

Un cambio global de circunstancias políticas podía poner de manifiesto gravemente las carencias de la práctica política de Prieto. Fue lo que ocurrió tras la pérdida de las elecciones de 1935. Todo se unió entonces para que el sector sindical-corporativo diera por finalizada la experiencia de la alianza con los republicanos. Por una parte, el desaliento ante los magros resultados obtenidos tras dos años de poder conjunto; además, la progresión de la derecha que, de obstaculizar la política de la coalición, pasó a desmontarla y sustituirla por otra; en fin, la evidente pérdida de terreno ante el anarcosindicalismo que en ciudades como Zaragoza y Madrid —y no sólo en ellas— había conseguido llevar a huelgas muy largas y muy duras a trabajadores de la UGT sin que sus órganos centrales pudieran evitarlo. Todo esto, más la degradación de las relaciones sociales en el campo, son elementos que explican tanto la decisión de la mayoría del movimiento socialista de romper con los republicanos como la de oponer por una insurrección una firme resistencia obrera a cualquier nuevo avance de la derecha. Incluso Prieto, sólidamente liberal y republicano en sus aspiraciones, se dejó embarcar en esa misma política aunque sin romper todos los lazos que siempre le unieron a algunos dirigentes de los partidos republicanos.

Sea cual fuere el juicio que sobre ellos se tenga, es lo cierto en todo caso que los hechos de octubre de 1934 cambiaron radicalmente la vieja forma de hacer política. Ahora bien, no parece que Prieto percibiera cabalmente lo que había pasado, pues cuando vuelve a los contenidos y estrategias en él habituales, retorna también a su práctica habitual sin tener en cuenta el cambio de circunstancia. Convencido de que las necesidades políticas imponían una nueva coalición con los republicanos, Prieto batalló por su cuenta en favor de esa posición dando por supuesta la validez de dos de sus contenidos básicos: que los republicanos debían asumir nuevamente la dirección política de la alianza y que Largo Caballero y la corriente sindical del socialismo no tendrían más alternativa que seguirle.

Así fue, en efecto, una vez más, pero en esta ocasión con una novedad principal respecto a anteriores experiencias ya que durante el verano de 1935, y ante las reticencias y retrasos de los dirigentes sindicales, Prieto dañó, de forma irreparable, sus relaciones personales con los dirigentes de la UGT, arropados ahora por el ala radicalizada del partido y por las Juventudes Socialistas. Este hecho, que podría no pasar de lo anecdótico, tuvo, sin embargo, consecuencias decisivas para el conjunto del movimiento socialista ya que la dirección del ala sindical-corporativa —legitimada políticamente por esas nuevas asistencias— se apartó de la comisión ejecutiva del partido y se situó políticamente frente

a ella. Ahora bien, quedarse con la ejecutiva del PSOE teniendo enfrente a la ejecutiva de la UGT, apoyada por los jóvenes y los radicalizados, era condenar a la parálisis al conjunto del movimiento socialista, que históricamente nunca había trazado una clara línea divisoria entre partido y sindicato. En definitiva, la propuesta política de Prieto, pertinente y necesaria tanto en sus contenidos políticos como en su estrategia —alianza con los republicanos para vencer en las elecciones de febrero de 1936— quedó bloqueada en su desarrollo último —gobernar con esos mismos republicanos— debido no únicamente pero sí de forma sustancial a su propia forma de llevarla a la práctica, perdiendo apoyos en lugar de neutralizar, ya que no ganarse, a sus adversarios.

Llegamos así al último aspecto de los que constituyen, con motivaciones, contenidos programáticos, estrategias y prácticas, eso que llamamos la acción política: la actitud de los que dirigen. Hermut Heine ha llegado a hablar, para el Prieto del exilio, de una «inclinación a alargar inútilmente la lista de sus enemigos personales» y de su «incapacidad de relegar al olvido, cuando así lo exigía el bien común, agravios recibidos». No podría expresarse mejor lo que caracteriza a su decisiva actuación de 1935 y 1936. Prieto sabía entonces que su política acabaría, efectivamente, por imponerse. Hoy está ya comprobado lo que de todas formas podía sospecharse: que ya desde marzo y abril de 1935, los dirigentes más radicales del socialismo no opusieron resistencia eficaz a una nueva alianza con los republicanos. Pues bien, a pesar de que conocía perfectamente este hecho, Prieto entró en discusiones más bien inútiles con los dirigentes sindicales, arremetió contra Largo Caballero —lo que valió, sobre todo, que los caballeristas cerraran filas en torno a su jefe cuando éste dimitió de la comisión ejecutiva del partido— y finalmente fue a todos los trapos que le tendieron las juventudes enzarzándose con ellas en discusiones quizá impropias de un dirigente de su experiencia.

\* \* \*

Este recorrido por los elementos que configuran el prietismo no es ajeno a la misma posibilidad de emitir un juicio históricamente fundado sobre la actual vigencia de Prieto. Pues si, formulada como política de contenido reformador, motivada por ideales de democracia y libertad y estratégicamente fundamentada en una alianza entre las clases medias republicanas y la clase obrera socialista, la política de Prieto exigía la continua búsqueda de un amplio apoyo popular, la forma en que Prieto la llevaba a la práctica, y su propia actitud personal, restaba precisamente parte de esos imprescindibles apoyos. Esta es quizá la contradicción más llamativa del personaje: su continua búsqueda de alianzas para conseguir mayorías en las que basar una política reformadora y su no menos constante afán por la polémica con los más cercanos, su especial gusto por granjearse sólidos enemigos personales dentro precisamente del movimiento sin cuya asistencia y entusiasmo sus propuestas políticas tenían necesariamente que naufragar.

En su conjunto, el prietismo era una forma de hacer política demasiado dependiente de la propia España cuya transformación se pretendía como para que hoy pueda postularse sin más su vigencia. Bastaba entonces proclamar una política, defenderla por la palabra y el escrito, buscar apoyos de notables, llevarla al Parlamento, acordarla entre dirigentes de partidos afines, para que su éxito se diera por descontado. Era una forma de hacer política —una actitud— coherente con el presupuesto último en que se fundaba: la apatía o abulia de los españoles. De tal presupuesto, Prieto deducía no sólo la necesidad de ceder la iniciativa política a los republicanos sino la más importante de trabar la alianza con ellos por medio de una acción personal, apoyada en el grupo de sus fieles o incondicionales.

Ahora bien, el presupuesto último de la política prietista se transformó radicalmente cuando dieron sus frutos los esfuerzos personales de Prieto y se proclamó la República como consecuencia, entre otras cosas, del pacto republicano-socialista. A partir de entonces, Prieto pudo comprobar que no era suficiente la calidad de los valores defendidos —libertad, democracia— ni la pasión que pusiera en defenderlos para que una organización le siguiera. Y cuando la organización, que dirigía o pretendía dirigir a masas radicalizadas bien lejos de la tradicional apatía denunciada por Prieto, no sólo no le siguió sino que se lo puso enfrente, Prieto se quedó literalmente pasmado, contemplando el ridículo de aquel célebre traje azul con el que fue a recibir el encargo de formar un gobierno que nunca llegaría a ser. Indudablemente dotado para la política, Prieto despertó entonces a una realidad que todo político de los años treinta debió aprender: que para dirigir políticamente había que controlar partidos de masas muy radicalizadas. Inmediatamente se puso a la tarea, aunque el inmediato estallido de la sublevación militar y el comienzo de la guerra impiden saber si finalmente acabaría controlando aquello que creyó poder dirigir con sólo sus propuestas políticas, con sólo el acuerdo por arriba entre los dirigentes republicanos y socialistas.

Si, globalmente considerado, Prieto no es un modelo vigente en cuanto a la práctica de la política —por más que en su actuación haya aspectos que no han perdido ninguna de sus calidades: como polemista o negociador, como orador parlamentario o cronista— porque las condiciones que la justificaban sufrieron a lo largo de su propia vida una transformación radical, los contenidos o propuestas programáticas de su política han dejado de estar vigentes por una razón bien distinta: porque se han cumplido. El programa de reformas sobre el que se construyó el acuerdo histórico entre republicanos y socialistas está ya realizado, aunque por un camino ciertamente insospechado en los años treinta. España se ha industrializado bajo una dictadura y ha alcanzado una Constitución democrática en una Monarquía. Tanto el fundamento sobre el que se basa la democracia —la industrialización— como el marco institucional en que se ha alcanzado —la Monarquía— liquidan las mismas posibilidades de existencia de partidos específicamente republicanos con contenidos distintos a los que pueda canalizar un partido socialista y expresando intereses distintos de diferentes clases sociales. El lugar del socialismo en la sociedad española se ha transformado y, con él, la relación del socialismo con el Estado, a cuya dirección puede llegar por sí mismo o sin necesidad de partidos que se definen por su contenido políticamente reformador. La propuesta central reformadora de Prieto —la unión estratégica de socialistas y republicanos como base para la transformación social y política de España— no tiene sentido alguno por la sencilla razón de que ya está realizado.

Así, pues, más allá de la práctica política concreta —de cómo hizo las cosas—, de los contenidos de su política —reformas que impulsó— y de las estrategias por él defendidas —alianza con los republicanos— la vigencia de Prieto habría de buscarse en las convicciones y motivaciones profundas que alentaron su actuación política: su irreductible convicción democrática, su apasionada defensa de la libertad, su empuje para transformar las condiciones sectoriales de la existencia obrera y campesina, el aliento regenerador de su actuación y, sobre todo, su búsqueda de amplios apoyos sociales para establecer sobre ellos programas políticos que superasen los estrechos e inmediatos intereses corporativos de una clase social o de algún sector de una clase. Quizá el más interesante de los elementos del prietismo sea su permanente negativa a reducir la acción política a la gestión honradamente corporativa de los obreros afiliados a la Unión General.

En resumen —y en mi opinión— los cambios de sociedad y de Estado acaecidos en España desde principios de los años sesenta hasta finales de los setenta suprimen la posibilidad de que Prieto tenga alguna lección de manual que impartir a unos imaginarios

discípulos, relativas a un programa político, a una estrategia de alianzas o a una forma o práctica de hacer política. Sin embargo, la inspiración final de su política no ha perdido un gramo de la vigencia que pudo tener en su día. Lo que pasa es que tal inspiración habría que plasmar hoy en contenidos y estrategias que no tienen nada que ver con lo que Prieto defendió o llevó a cabo. De ahí que sea vano preguntar dónde está o qué haría hoy Prieto y completamente ucrónico definir —para atacar o legitimar, que tanto da— como prietista alguna actuación o corriente actual del socialismo español.

## ÁGNES HELLER EN PENÍNSULA

### **Sociología de la vida cotidiana**

Historia/Ciencia/Sociedad 144, 424 págs.

### **Teoría de las necesidades en Marx**

Historia/Ciencia/Sociedad 152, 184 págs.

### **Instinto, agresividad y carácter**

Historia/Ciencia/Sociedad 161, 208 págs.

### **El hombre del Renacimiento**

Historia/Ciencia/Sociedad 164, 464 págs.

### **La revolución de la vida cotidiana**

Historia/Ciencia/Sociedad 175, 208 págs.

### **Aristóteles y el mundo antiguo**

Historia/Ciencia/Sociedad 182, 384 págs.

*En preparación:* **Crítica de la Ilustración**  
Historia/Ciencia/Sociedad

**Ediciones Península**

Provenza, 278 Tel. (93) 216 00 62 Barcelona 8